

La universidad: breve introducción a su evolución histórica

por Pablo Buchbinder Las universidades conforman instituciones cuyas características, formas de organización y estructuras conservan, a menudo, rasgos muy antiguos. Por eso, el conocimiento de sus orígenes y su evolución nos permite explicar muchos de sus rasgos contemporáneos.

Las primeras universidades surgieron a principios del siglo XIII en Europa. Aunque las universidades fueron creadas entonces, tenían raíces antiguas y reconocían antecedentes en las escuelas formadas en las catedrales para instruir al Clero.

En Francia, por ejemplo, las catedrales tenían escuelas permanentes donde se enseñaban las Sagradas Escrituras. En las principales ciudades europeas desde principios del siglo XII aparecieron maestros y estudiantes que provenían de lugares muy distintos y que acudían allí para enseñar o aprender, en forma independiente. Para esto, los maestros debían obtener previamente un permiso de las autoridades eclesiásticas que conservaban por entonces el monopolio de la enseñanza. En muchos casos, tanto maestros como estudiantes decidieron asociarse para defender de esta forma sus derechos y peticionar ante las autoridades. Este fue el origen de las Universidades que adquirieron esa denominación porque agrupaban a personas de orígenes y pueblos (naciones) muy distintos.

La mayoría de los estudios coincide en señalar que la primera universidad fue fundada en la ciudad italiana de Bolonia pero muy poco tiempo después se crearon las de París y Oxford. En Bolonia la iniciativa partió de los estudiantes. En París y Oxford fueron los maestros los que decidieron asociarse y fundar una Universidad para proteger así sus derechos.

Las universidades fueron creadas para transmitir el conocimiento. Eran organizaciones para la enseñanza y el aprendizaje de una serie de disciplinas. En aquellos tiempos, no se esperaba de la universidad la generación de un conocimiento meramente “utilitario” que sirviese para resolver problemas de la vida cotidiana. El conocimiento que debía ofrecer la universidad tenía como propósito central contribuir a la mejor organización de la sociedad cristiana y a la salvación de las almas. Para cumplir con este objetivo toda la enseñanza estaba dividida en dos grandes etapas. En principio, el estudiante debía pasar por una etapa de estudios preparatorios que insumía, en realidad, varios años.

Durante ésta, incorporaba un modo de razonamiento, una serie de técnicas para analizar los textos escritos. Esto se lograba gracias al aprendizaje de los principios de las llamadas “Artes Liberales” que estaban constituidas por la

Gramática, la Retórica y la Dialéctica por un lado y la Aritmética, la Música, la Astronomía y la Geometría, por otro.

Una vez que el estudiante había incorporado los rudimentos de las artes liberales podía continuar sus estudios. Por lo general tenía tres opciones: seguir estudios de Derecho, Medicina o Teología.

De esta forma, las primeras Universidades poseían una organización compuesta por cuatro facultades: la de Artes o Filosofía, que era en realidad una escuela preparatoria, y las de Derecho, Medicina y, fundamentalmente Teología. Esta última era la disciplina superior por excelencia y la más prestigiosa. Las universidades fueron, durante todo el período moderno, instituciones sumamente conservadoras, estrechamente asociadas a la Iglesia. A principios del siglo XIX, la gran mayoría de las casas de estudios seguían conservando los rasgos adquiridos durante los tiempos medievales. Esto provocó que quedasen al margen de las grandes corrientes científicas e intelectuales desarrolladas durante los siglos XVII y XVIII. La revolución científica y cultural de aquellos siglos, que transformó toda la concepción del mundo, no pasó por las Universidades, adquiriendo éstas una reputación negativa. Por supuesto hubo también excepciones, pero en líneas generales, las casas de estudios superiores fueron muy poco permeables a los cambios. La producción científica pasaba por Academias que dependían directamente del estado y de los príncipes, y por círculos privados. Tampoco pasaba la formación profesional por las universidades. En las Academias estatales se formaban los ingenieros, los arquitectos, los veterinarios y, en algunos casos también los médicos y los abogados.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX las universidades experimentaron procesos de transformación. Desde entonces comenzaron a desprenderse en forma definitiva de la influencia de la Iglesia, se subordinaron a las autoridades civiles y se adecuaron a los cambios derivados del desarrollo de las ciencias y de las necesidades del estado. A partir de entonces empezó a exigirse de las casas de altos estudios la generación de un conocimiento efectivamente útil para el desarrollo de la sociedad. Durante aquellos años comenzaron a enseñarse nuevas disciplinas y algunas que ya se enseñaban pero ahora se dictaban siguiendo criterios modernos: Geografía, Física, Matemática, Ciencias de la Administración.

Desde principios del siglo XIX, las universidades europeas evolucionaron siguiendo dos grandes modelos. Uno de ellos concebía a la universidad fundamentalmente como el ámbito para el desenvolvimiento y la práctica de la ciencia: este fue el modelo que se desarrolló en los principados alemanes por iniciativa de Guillermo de Humboldt. A la universidad debía acudir para aprender los principios y los procedimientos de la ciencia. El segundo se construyó en Francia en tiempos de Napoleón y concebía a la universidad como ámbito para el desarrollo y la formación de los profesionales. En este último modelo la universidad era el organismo del estado encargado de otorgar un título o certificación que habilitaba para el ejercicio de una profesión. La historia de la universidad argentina debe comprenderse en el mismo contexto de evolución de las universidades occidentales. La primera

universidad fundada en el actual territorio de la Argentina fue la de Córdoba. En sus orígenes era una escuela organizada por los jesuitas y fundada para la instrucción del clero. En 1623 esta escuela recibió una autorización del Papa para conceder títulos universitarios. La estructura de la Universidad de Córdoba estaba inscripta en el mismo molde de las universidades medievales. Hasta finales del siglo XVIII estuvo centrada exclusivamente en los estudios teológicos. Recién entonces se incorporaron los estudios de Derecho Civil.

La segunda universidad argentina fue la de Buenos Aires, fundada en 1821. La universidad porteña adquirió desde sus orígenes una impronta distinta. Aunque también la teología tuvo un lugar de relevancia, en Buenos Aires existía ya una tradición de enseñanza superior destinada a resolver los problemas concretos que se presentaban a su comunidad. En Buenos Aires se fundaron desde el siglo XVIII escuelas destinadas a la formación de médicos, militares, navegantes (como el Protomedicato o las Escuelas de Náutica y Dibujo, y Matemáticas). Varias de estas instituciones se integraron en la universidad. Pero el funcionamiento de las casas de estudios universitarios, tanto en Córdoba como en Buenos Aires, experimentó dificultades sustanciales durante el período de las guerras civiles. Recién a partir de 1860 bajo las presidencias de Mitre primero y Sarmiento después, las universidades fueron reorganizadas. Prácticamente se suprimió entonces la enseñanza de la Teología y se incluyó la enseñanza del Derecho, la Medicina y las Ciencias Exactas.

Hacia finales del siglo XIX las dos grandes universidades argentinas se organizaron siguiendo el modelo napoleónico. El objetivo de las casas de altos estudios consistía en formar profesionales. Quienes acudían a las universidades argentinas buscaban también un título profesional: fundamentalmente el de médico o abogado. Las universidades no cumplirían un papel relevante en el desarrollo de la ciencia ni en el cultivo de las humanidades hasta la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, conformaron el principal ámbito de formación de los profesionales liberales, constituían el lugar de formación y socialización de los dirigentes políticos y un ámbito central para el ascenso social de gran parte de los hijos de inmigrantes que llegaron en forma masiva a la Argentina a finales del siglo XIX y principios del XX.

Un hito central en la historia de la universidad argentina lo constituye, sin duda, la Reforma Universitaria de 1918. El movimiento de la Reforma se originó en Córdoba por la presión de los estudiantes que exigían cambios en el régimen de estudios, la modernización de los contenidos y la transformación de la organización institucional de la universidad. El gobierno de aquel entonces presidido por Hipólito Irigoyen intervino la Universidad de Córdoba y forzó un proceso de cambios que se tradujeron luego en las casas de estudios de La Plata y Buenos Aires. La Reforma de 1918 determinó que el gobierno de las casas de estudios quedase en manos de los protagonistas de la vida académica: de sus profesores y sus estudiantes, y en algunos casos también de los graduados.

La Reforma permitió la democratización del gobierno pero también del acceso al profesorado y posibilitó un proceso de modernización de las estructuras curriculares y los planes de estudio. Pero todavía entonces las universidades eran consideradas en la Argentina y en otros países del mundo como instituciones a las que sólo podía acceder una pequeña élite que provenía de las clases altas de la sociedad y de algunos sectores de las clases medias. En 1918, en tiempos de la Reforma Universitaria, había en la Argentina solamente 8.000 estudiantes universitarios, la gran mayoría de ellos en Buenos Aires. La verdadera transformación y democratización del sistema universitario se produjo en todo el mundo a partir de 1945. En pocos años la matrícula universitaria prácticamente se triplicó. En la Argentina había en 1947 casi 52.000 estudiantes universitarios, pero ya en 1955 ascendían a 143.000. Esta política fue favorecida por la supresión de los aranceles universitarios que hasta entonces eran obligatorios y también de los exámenes de ingreso.

Aunque las universidades argentinas siguieron asumiendo como función principal la formación de profesionales, por entonces también se revalorizó su papel como lugar para el desarrollo de la investigación científica. Otro momento singularmente importante en la historia universitaria argentina se produjo a finales de los años cincuenta cuando aparecieron las primeras universidades privadas autorizadas a emitir títulos habilitantes.

Esto dio lugar a una nueva transformación del sistema universitario. Desde entonces, a excepción del período de la dictadura militar entre 1976 y 1983, el número de estudiantes y el de universidades no ha dejado de crecer. Actualmente existen en la Argentina casi un millón y medio de estudiantes universitarios y alrededor de cien universidades estatales y privadas.